Literatura hispanoamericana

ANACONDA y EL REGRESO DE ANACONDA

Horacio Quiroga
(1878-1937)

BIBLIOTECA DIGITAL del ILCE

Dos cuentos de Horacio Quiroga.

Anaconda……..2

El regreso de Anaconda……63

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

ANACONDA

I

Eran las diez de la noche y hacía un calor sofocante. El tiempo cargado pesaba sobre la selva, sin un soplo de viento. El cielo de carbón se entreabría de vez en cuando en sordos relámpagos de un extremo a otro del horizonte; pero el chubasco silbante del Sur estaba aún lejos.

Por un sendero de vacas en pleno espartillo blanco avanzaba *Lanceolada*, con la lentitud genérica de las víboras. Era una hermosísima yarará de un metro cincuenta, con los negros ángulos de su flanco bien cortados en sierra, escama por escama. Avanzaba tanteando la seguridad del terreno con la lengua, que en los ofidios reemplaza perfectamente a los dedos.

Iba de caza. Al llegar a un cruce de senderos se detuvo, se arrolló prolijamente sobre sí misma, removióse aún un momento acomodándose y después de bajar la cabeza al nivel de sus anillos asentó la mandíbula inferior y esperó inmóvil.

Minuto tras minuto esperó cinco horas. Al cabo de este tiempo continuaba en igual inmovilidad. ¡Mala noche! Comenzaba a romper el día e iba a retirarse cuando cambió de idea. Sobre el cielo lívido del Este se recortaba una inmensa sombra.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Quisiera pasar cerca de la casa —se dijo la yarará—. Hace días que siento ruido y es menester estar alerta...

Y marchó prudentemente hacia la sombra.

La casa a que hacía referencia *Lanceolada* era un viejo edificio de tablas rodeado de corredores y todo blanqueado. En torno se levantaban dos o tres galpones. Desde tiempo inmemorial el edificio había estado deshabitado. Ahora se sentían ruidos insólitos, golpes de fierros, relinchos de caballos, conjunto de cosas en que trascendía a la legua la presencia del Hombre. Mal asunto...

Pero era preciso asegurarse, y *Lanceolada* lo hizo mucho más pronto de lo que acaso hubiera querido.

Un inequívoco ruido de puerta abierta llegó a sus oídos. La víbora irguió la cabeza, y mientras notaba que una fría claridad en el horizonte anunciaba la aurora, vio una angosta sombra, alta y robusta que avanzaba hacia ella. Oyó también el ruido de las pisadas, el golpe seguro, pleno, enormemente distanciado que denunciaba también a la legua al enemigo.

—¡El Hombre! —murmuró *Lanceolada*.

Y rápida como el rayo se arrolló en guardia.

La sombra estuvo sobre ella. Un enorme pie cayó a su lado, y la yarará, con toda la violencia de un ataque al que jugaba la

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

vida, lanzó la cabeza contra aquello y la recogió a la posición anterior.

El Hombre se detuvo: había creído sentir un golpe en las botas. Miró el yuyo a su rededor sin mover los pies de su lugar; pero nada vio en la oscuridad, apenas rota por el vago día naciente, y siguió adelante.

Pero *Lanceolada* vio que la casa comenzaba a vivir, esta vez real y efectivamente con la vida del Hombre. La yarará emprendió la retirada a su cubil, llevando consigo la seguridad de que aquel acto nocturno no era sino el prólogo del gran drama a desarrollarse en breve.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

II

Al día siguiente la primera preocupación de *Lanceolada* fue el peligro que con la llegada del Hombre se cernía sobre la Familia entera. Hombre y Devastación son sinónimos desde tiempo inmemorial en el Pueblo entero de los Animales. Para las Víboras en particular, el desastre se personificaba en dos horrores: el machete escudriñando, revolviendo el vientre mismo de la selva, y el fuego aniquilando el bosque en seguida, y con él los recónditos cubiles.

Tornábase, pues, urgente prevenir aquello. *Lanceolada* esperó la nueva noche para ponerse en campaña. Sin gran trabajo halló a dos compañeras que lanzaron la voz de alarma. Ella, por su parte, recorrió hasta las doce los lugares más indicados para un feliz encuentro, con suerte tal que a las dos de la mañana el Congreso se hallaba, si no en pleno, por lo menos con mayoría de especies para decidir qué se haría.

En la base de un murallón de piedra viva, de cinco metros de altura y en pleno bosque, desde luego, existía una caverna disimulada por los helechos que obstruían casi la entrada. Servía de guarida desde mucho tiempo atrás a *Terrífica*, una serpiente de cascabel, vieja entre las viejas, cuya cola contaba treinta y dos cascabeles. Su largo no pasaba de un metro cuarenta, pero en cambio su grueso alcanzaba al de una botella. Magnífico ejemplar, cruzada de rombos amarillos; vigorosa, tenaz, capaz de quedar siete horas en el mismo lugar frente al enemigo, pronta a enderezar los colmillos con canal interno,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

que son, como se sabe, si no los más grandes, los más admirablemente construidos de todas las serpientes venenosas.

Fue allí, en consecuencia, donde, ante la inminencia del peligro y presidido por la víbora de cascabel, se reunió el *Congreso de las Víboras*. Estaban allí, fuera de *Lanceolada* y *Terrífica*, las demás yararás del país: la pequeña *Coatiarita*, benjamín de la Familia, con la línea rojiza de sus costados bien visible y su cabeza particularmente afilada. Estaba allí, negligentemente tendida, como si se tratara de todo menos de hacer admirar las curvas blancas y café de su lomo sobre largas bandas salmón, la esbelta *Neuwied*, dechado de belleza y que había guardado para sí el nombre del naturalista que determinó su especie. Estaba *Cruzada* —que en el Sur llaman *víbora de la cruz*—, potente y audaz, rival de *Neuwied* en punto a belleza de dibujo. Estaba *Atroz*, de nombre suficientemente fatídico; y por último *Urutú Dorado*, la yararacusú, disimulando discretamente en el fondo de la caverna sus 170 centímetros de terciopelo negro cruzado oblicuamente por bandas de oro.

Es de notar que las especies del formidable género *Lachesis*, o yararás, a que pertenecían todas las congresales menos *Terrífica*, sostienen una vieja rivalidad por la belleza del dibujo y el color. Pocos seres, en efecto, tan bien dotados como ellos.

Según las leyes de las víboras, ninguna especie poco abundante y sin dominio real en el país puede presidir las asambleas del Imperio. Por esto *Urutú Dorado*, magnífico animal de muerte, pero cuya especie es más bien rara, no

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

pretendía este honor, cediéndolo de buen grado a la víbora de cascabel, más débil, pero que abunda milagrosamente.

El Congreso estaba, pues, en mayoría, y *Terrífica* abrió la sesión.

—¡Compañeras! —dijo—. Hemos sido todas enteradas por *Lanceolada* de la presencia nefasta del Hombre. Creo interpretar el anhelo de todas nosotras al tratar de salvar nuestro Imperio de la invasión enemiga. Sólo un medio cabe, pues la experiencia nos dice que el abandono del terreno no remedia nada. Este medio, ustedes lo saben bien, es la guerra al Hombre, sin tregua ni cuartel, desde esta noche misma, a la cual cada especie aportará sus virtudes. Me halaga en esta circunstancia olvidar mi especificación humana: no soy ahora una serpiente de cascabel; soy una yararás como ustedes. Las yararás, que tienen a la Muerte por negro pabellón. ¡Nosotras somos la Muerte, compañeras! Y entre tanto, que alguna de las presentes proponga un plan de campaña.

Nadie ignora, por lo menos en el Imperio de las Víboras, que todo lo que *Terrífica* tiene de largo en sus colmillos lo tiene de corto en su inteligencia. Ella lo sabe también, y aunque incapaz por lo tanto de idear plan alguno, posee, a fuerza de vieja reina, el suficiente tacto para callarse.

Entonces *Cruzada*, desperezándose, dijo:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Soy de la opinión de *Terrífica*, y considero que mientras no tengamos un plan nada podemos ni debemos hacer. Lo que lamento es la falta en este Congreso de nuestras primas sin veneno: las Culebras.

Se hizo un largo silencio. Evidentemente la proposición no halagaba a las víboras. *Cruzada* se sonrió de un modo vago y continuó:

—Lamento lo que pasa... Pero quisiera solamente recordar esto: si entre todas nosotras pretendiéramos vencer a una culebra, ¡no lo conseguiríamos! Nada más quiero decir.

—Si es por su resistencia al veneno —objetó perezosamente *Urutú Dorado*, desde el fondo del antro—, creo que yo sola me encargaría de desengañarlas...

—No se trata de veneno —replicó desdeñosamente *Cruzada*. —Yo también me bastaría...—agregó con una mirada de reojo a la yararacusú—. ¡Se trata de su fuerza, de su destreza, de su nerviosidad, como quiera llamársela! Cualidades de lucha que nadie pretenderá negar a nuestras primas. Insisto en que en una campaña como la que queremos emprender las serpientes nos serán de gran utilidad; más: ¡de imprescindible necesidad!

Pero la proposición desagradaba siempre.

—¿Por qué las culebras? —exclamó *Atroz*—. Son despreciables.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Tienen ojos de pescado —agregó la presuntuosa *Coatiarita*.

—¡Me dan asco! —protestó desdeñosamente *Lanceolada*.

—Tal vez sea otra cosa lo que te dan... —murmuró *Cruzada*, mirándola de reojo.

—¿A mí? —silbó *Lanceolada*, irguiéndose—. ¡Te advierto que haces mala figura aquí defendiendo a esos gusanos corredores!

—Si te oyen las Cazadoras... —murmuró irónicamente *Cruzada*.

Pero al oír este nombre, *Cazadoras*, la asamblea entera se agitó.

—¡No hay para qué decir eso! —gritaron—. ¡Ellas son culebras y nada más!

—¡Ellas se llaman a sí mismas las Cazadoras! —Replicó secamente *Cruzada*—. Y estamos en Congreso.

También desde tiempo inmemorial es fama entre las víboras la rivalidad particular de las dos yararás: *Lanceolada*, hija del extremo norte, y *Cruzada*, cuyo hábitat se extiende más al Sur. Cuestión de coquetería en punto a belleza, según las culebras.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Vamos, vamos! —intervino *Terrífica*—. Que *Cruzada* explique para qué quiere la ayuda de las culebras, siendo así que no representan la Muerte, como nosotras.

—¡Para esto! —Replicó Cruzada, ya en calma—. Es indispensable saber qué hace el Hombre en la casa, y para esto se precisa ir hasta allá, a la casa misma. Ahora bien: la empresa no es fácil, porque si el pabellón de nuestra especie es la Muerte, el pabellón del Hombre es también la Muerte, ¡y bastante más rápida que la nuestra! Las serpientes nos aventajan inmensamente en agilidad. Cualquiera de nosotras iría y vería. ¿Pero volvería? Nadie mejor para esto que la *Ñacaniná*; estas exploraciones forman parte de sus hábitos diarios y podría, trepada al techo, ver, oír y regresar a informarnos antes de que sea de día.

La proposición era tan razonable que esta vez la asamblea entera asintió, aunque con un gesto de desagrado.

—¿Quién va a buscarla? —preguntaron varias voces. *Cruzada* desprendió la cola de un tronco y se deslizó afuera.

—Voy yo —dijo—. En seguida vuelvo.

—¡Eso es! —le lanzó *Lanceolada* de atrás—. ¡Tú, que eres su protectora, la hallarás en seguida!

Cruzada tuvo aún tiempo de volver la cabeza hacia ella y le sacó la lengua, reto a largo plazo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

III

Cruzada halló a la *Ñacaniná* cuando ésta trepaba a un árbol.

—¡Eh, *Ñacaniná!* —llamó con un leve silbido.

La *Ñacaniná* oyó su nombre; pero se abstuvo, prudentemente, de contestar hasta nueva llamada.

—*¡Ñacaniná!* — repitió *Cruzada*, levantando medio tono su silbido.

—¿Quién me llama? —respondió la culebra.

—¡Soy yo, *Cruzada*...!

—¡Ah! La prima... ¿Qué quieres, prima adorada?

—No se trata de bromas, *Ñacaniná*... ¿Sabes lo que pasa en la Casa?

—Sí, que ha llegado el Hombre... ¿Qué más?

—¿Y sabes que estamos en Congreso?

—¡Ah, no; esto no lo sabía! —Repuso la *Ñacaniná*, deslizándose cabeza abajo contra el árbol con tanta seguridad como si marchara sobre un plano horizontal—. Algo grave debe de pasar para eso... ¿Qué ocurre?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Por el momento, nada; pero nos hemos reunido en Congreso precisamente para evitar que nos ocurra algo. En dos palabras: se sabe que hay varios hombres en la Casa, y que se van quedar definitivamente. Es la Muerte para nosotras.

—Yo creía que ustedes eran la Muerte por sí mismas... ¡No se cansan de repetirlo! —murmuró irónicamente la culebra.

—¡Dejemos esto! Necesitamos de tu ayuda, *Ñacaniná.*

—¿Para qué? ¡Yo no tengo nada que ver aquí!

—¡Quién sabe! Para desgracia tuya, te pareces bastante a nosotras las Venenosas. Defendiendo nuestros intereses defiendes los tuyos.

—¡Comprendo! —repuso la *Ñacaniná* después de un momento, en el que valoró la suma de contingencias desfavorables para ella por aquella semejanza.

—Bueno; ¿contamos contigo?

—¿Qué debo hacer?

—Muy poco. Ir en seguida a la Casa y arreglarte allí de modo que veas y oigas lo que pasa.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡No es mucho, no! —repuso negligentemente *Ñacaniná*, restregando la cabeza contra el tronco.

—Pero es el caso —agregó— que allá arriba tengo la cena segura... Una pava del monte a la que desde anteayer se le ha puesto en el copete anidar allí...

—Tal vez allá encuentres algo que comer —la consoló suavemente *Cruzada*.

Su prima la miró de reojo.

—Bueno, en marcha —reanudó la yarará—. Pasemos primero por el Congreso.

—¡Ah, no! —¡protestó la *Ñacaniná*—. ¡Eso no! ¡Les hago a ustedes el favor, y en paz! Iré al Congreso cuando vuelva... si vuelvo. ¡Pero ver antes de tiempo la cáscara rugosa de *Terrífica*, los ojos de matón de *Lanceolada* y la cara estúpida de *Coralina*, eso no!

—¡No está *Coralina*.

—¡No importa! Con el resto tengo bastante.

—¡Bueno, bueno! —Repuso *Cruzada*, que no quería hacer hincapié—. Pero si no disminuyes un poco la marcha no te sigo.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

En efecto, aun a todo correr, la yarará no podía acompañar el deslizar —casi lento para ella— de la Ñacaniná.

—Quédate, ya estás cerca de las otras —contestó la culebra.

Y se lanzó a toda velocidad, dejando en un segundo atrás a su prima venenosa.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

IV

Un cuarto de hora después la *Cazadora* llegaba a su destino. Celaban todavía en la casa. Por las puertas, abiertas de par en par, salían chorros de luz, y ya desde lejos la *Ñacaniná* pudo ver cuatro hombres sentados alrededor de la mesa.

Para llegar con impunidad sólo faltaba evitar el problemático tropiezo con un perro. ¿Los habría? Mucho lo temía *Ñacaniná*. Por esto deslizóse adelante con gran cautela, sobre todo cuando llegó ante el corredor.

Ya en él observó con atención. Ni enfrente, ni a la derecha, ni a la izquierda había perro alguno. Sólo allá, en el corredor opuesto, y que la culebra podía ver por entre las piernas de los hombres, un perro negro dormía echado de costado.

La plaza, pues, estaba libre. Como desde el lugar en que se encontraba podía oír, pero no ver el panorama entero de los hombres hablando, la culebra, tras una ojeada arriba, tuvo lo que deseaba en un momento. Trepó por una escalera recostada a la pared bajo el corredor y se instaló en el espacio libre entre pared y techo, tendida sobre el tirante. Pero por más precauciones que tomara al deslizarse, un viejo clavo cayó al suelo y un Hombre levantó los ojos.

—¡Se acabó! —se dijo *Ñacaniná*, conteniendo la respiración.

Otro Hombre miró también a arriba.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Qué hay? —preguntó.

—Nada —repuso el primero—. Me pareció ver algo negro por allá.

—Una rata.

—Se equivocó el Hombre —murmuró para sí la culebra.

—O alguna ñacaniná.

—Acertó el otro Hombre —murmuró de nuevo la aludida, aprestándose a la lucha.

Pero los hombres bajaron de nuevo la vista y la *Ñacaniná* vio y oyó durante media hora.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

V

La casa motivo de preocupación de la selva habíase convertido en establecimiento científico de la más grande importancia. Conocida ya desde tiempo atrás la particular riqueza en víboras de aquel rincón del territorio, el gobierno de la nación había decidido la creación de un Instituto de Seroterapia Ofídica, donde se prepararían sueros contra el veneno de las víboras. La abundancia de éstas es un punto capital, pues nadie ignora que la carencia de víboras de qué extraer el veneno es el principal inconveniente para una vasta y segura preparación del suero.

El nuevo establecimiento podía comenzar casi en seguida, porque contaba con dos animales —un caballo y una mula— ya en vías de completa inmunización. Habíase logrado organizar el laboratorio y el serpentario. Este último prometía enriquecerse de un modo asombroso, por más que el Instituto hubiera llevado consigo no pocas serpientes venenosas —las mismas que servían para inmunizar a los animales citados—. Pero si se tiene en cuenta que un caballo en su último grado de inmunización necesita *seis gramos de veneno* en cada inyección (cantidad suficiente para matar doscientos cincuenta caballos), se comprenderá que deba ser muy grande el número de víboras en disponibilidad que requiere un Instituto del género.

Los días, duros al principio de una instalación en la selva, mantenían al personal superior del Instituto en vela hasta medianoche, entre planes de laboratorio y demás.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Y los caballos, ¿cómo están hoy? —preguntó uno de lentes negros y que parecía ser el jefe del Instituto.

—Muy caídos —repuso otro—. Si no podemos hacer una buena recolección en estos días...

La *Ñacaniná,* inmóvil sobre el tirante, ojos y oídos alerta, comenzaba a tranquilizarse.

—Me parece —se dijo— que las primas venenosas se han llevado un susto magnífico. De estos hombres no hay gran cosa que temer...

Y avanzando más la cabeza, a tal punto que su nariz pasaba ya de la línea del tirante, observó con más atención.

Pero un contratiempo evoca otro.

—Hemos tenido hoy un día malo —agregó alguno—. Cinco tubos de ensayo se han roto...

La *Ñacaniná* sentíase cada vez más inclinada a la compasión.

—¡Pobre gente! —murmuró—. Se les han roto cinco tubos...

Y se disponía a abandonar su escondite para explorar aquella inocente casa, cuando oyó:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—En cambio, las víboras están magníficas... Parece sentarles el país.

—¿Eh? —dio una sacudida la culebra, jugando velozmente con la lengua—. ¿Qué dice ese pelado de traje blanco?

Pero el hombre proseguía:

—Para ellas, sí, el lugar me parece ideal... Y las necesitamos urgentemente, los caballos y nosotros.

—Por suerte, vamos a hacer una famosa cacería de víboras en este país. No hay duda de que es el país de las víboras.

—¡Hum... hum... hum...! —murmuró *Ñacaniná,* arrollándose en el tirante cuanto le fue posible—. Las cosas comienzan a ser un poco distintas... Hay que quedar un poco más con esta buena gente... Se aprenden cosas curiosas.

Tantas cosas curiosas oyó que cuando al cabo de media hora quiso retirarse el exceso de sabiduría adquirida le hizo hacer un falso movimiento, y la tercera parte de su cuerpo cayó, golpeando la pared de tablas. Como había caído de cabeza, en un instante la tuvo enderezada hacia la mesa, la lengua vibrante.

La *Ñacaniná*, cuyo largo puede alcanzar a tres metros, es valiente, con seguridad la más valiente de nuestras serpientes. Resiste un ataque serio del hombre, que es inmensamente

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

mayor que ella, y hace frente siempre. Como su propio coraje le hace creer que es muy temida, la nuestra se sorprendió un poco al ver que los hombres, enterados de que se trataba de una simple ñacaniná, se echaban a reír tranquilos.

—Es una ñacaniná.... Mejor: así nos limpiará la casa de ratas.

—¿Ratas...? —silbó la otra. Y como continuaba provocativa, un hombre se levantó al fin.

—Por útil que sea, no deja de ser un mal bicho... Una de estas noches la voy a encontrar buscando ratones dentro de mi cama...

Y cogiendo un palo próximo, lo lanzó contra la *Ñacaniná* a todo vuelo. El palo pasó silbando junto a la cabeza de la intrusa y golpeó con terrible estruendo la pared.

Hay ataque y ataque. Fuera de la selva y entre cuatro hombres la *Nacaniná* no se hallaba a gusto. Se retiró a escape, concentrando toda su energía en la cualidad que conjuntamente con el valor forman sus dos facultades primas: la velocidad para correr.

Perseguida por los ladridos del perro, y aun rastreada buen trecho por éste —lo que abrió nueva luz respecto a las gentes aquéllas—, la culebra llegó a la caverna. Pasó por encima de *Lanceolada* y *Atroz* y se arrolló a descansar, muerta de fatiga.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

VI

—¡Por fin! —Exclamaron todas, rodeando a la exploradora—. Creíamos que te ibas a quedar con tus amigos los hombres...

—¡Hum...! —murmuró *Ñacaniná*.

—¿Qué nuevas nos traes? —preguntó *Terrífica*.

—¿Debemos esperar un ataque, o no tomar en cuenta a los hombres?

—Tal vez fuera mejor esto... Y pasar al otro lado del río —repuso.

—¿Qué...? ¿Cómo...? —saltaron todas—. ¿Estás loca?

—Oigan primero.

—¡Cuenta entonces!

Y *Ñacaniná* contó todo lo que había visto y oído; la instalación del Instituto Seroterápico, sus planes, sus fines y la decisión de los hombres de *cazar* cuanta víbora hubiera en el país.

—¡Cazarnos! —Saltaron *Urutú Dorado*, *Cruzada* y *Lanceolada,* heridas en lo más vivo de su orgullo—. ¡Matarnos, querrás decir!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡No! ¡Cazarlas nada más! Encerrarlas, darles bien de comer y extraerles cada veinte días el veneno. ¿Quieren vida más dulce?

La asamblea quedó estupefacta. *Ñacaniná* había explicado muy bien el fin de esta recolección de veneno; pero lo que no había explicado eran los medios para llegar a obtener el suero.

—¡Un suero antivenenoso! Es decir, la curación asegurada, la inmunización de hombres y animales contra la mordedura: ¡la Familia entera condenada a perecer de hambre en plena selva natal!

—¡Exactamente! —apoyó *Ñacaniná*—. No se trata sino de esto.

Para la *Ñacaniná* el peligro previsto era mucho menor. ¿Qué le importaban a ella y sus hermanas las cazadoras —a ellas, que cazaban a diente limpio, a fuerza de músculos— que los animales estuvieran o no inmunizados? Un solo punto oscuro veía ella, y es el excesivo parecido de una culebra con una víbora, que favorecía confusiones mortales. De aquí el interés de la culebra en suprimir el Instituto.

—Yo me ofrezco a empezar la campaña —dijo *Cruzada*.

—¿Tienes un plan? —preguntó ansiosa *Terrífica*, siempre falta de ideas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Ninguno. Iré sencillamente mañana de tarde a tropezar con alguien.

—¡Ten cuidado! —le dijo *Ñacaniná* con voz persuasiva—. Hay varias jaulas vacías...

—¡Ah, me olvidaba! exclamó *Ñacaniná* dirigiéndose a *Cruzada*—. Hace un rato, cuando salí de allí... Hay un perro negro muy peludo... Creo que sigue el rastro de una víbora... ¡Ten cuidado!

—¡Allá veremos! Pero pido que se llame a Congreso pleno para mañana de noche. Si yo no puedo asistir, tanto peor...

Mas la asamblea había caído en nueva sorpresa.

—¿Perro que sigue nuestro rastro...? ¿Estás segura?

—Casi. ¡Ojo con ese perro, porque puede hacernos más daño que todos los hombres juntos!

—Yo me encargo de él —exclamó *Terrífica*, contenta de, sin mayor esfuerzo mental, poder poner en juego sus glándulas de veneno, que a la menor contracción nerviosa se escurría por el canal de los colmillos.

Pero ya cada víbora se disponía a hacer correr la palabra en su distrito, y a *Ñacaniná*, gran trepadora, se le encomendó

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

especialmente llevar la voz de alerta a los árboles, reino preferido de las culebras.

A las tres de la mañana la asamblea se disolvió. Las víboras, vueltas a la vida normal, se alejaron en distintas direcciones, desconocidas las unas para las otras, silenciosas, sombrías mientras en el fondo de la caverna la serpiente de cascabel quedaba arrollada e inmóvil, fijando sus duros ojos de vidrio en un ensueño de mil perros paralizados.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

VII

Era la una de la tarde. Por el campo de fuego, al resguardo de las matas de espartillo, se arrastraba *Cruzada* hacia la casa. No llevaba otra idea, ni creía necesaria tener otra, que matar al primer hombre que se pusiera a su encuentro. Llegó al corredor y se arrolló allí esperando. Pasó así media hora. El calor sofocante que reinaba desde tres días atrás comenzaba a pesar sobre los ojos de la yarará, cuando un temblor sordo avanzó desde la pieza. La puerta estaba abierta, y ante la víbora, a 30 centímetros de su cabeza, apareció el perro, el perro negro y peludo, con los ojos entornados de sueño.

—¡Maldita bestia...! —se dijo *Cruzada*—. Hubiera preferido un hombre...

En ese instante el perro se detuvo husmeando y volvió la cabeza... ¡Tarde ya! Ahogó un aullido de sorpresa y movió desesperadamente el hocico mordido.

—Ya tiene éste su asunto listo... —murmuró *Cruzada*, replegándose de nuevo.

Pero cuando el perro iba a lanzarse sobre la víbora sintió los pasos de su amo y se arqueó ladrando a la yarará. El hombre de los lentes negros apareció junto a *Cruzada*.

—¿Qué es? —preguntaron desde el otro corredor.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Una *alternatus*... Buen ejemplar —respondió el hombre.

Y antes que hubiera podido defenderse la víbora se sintió estrangulada en una especie de prensa afirmada al extremo de un palo.

La yarará crujió de orgullo al verse así; lanzó su cuerpo a todos lados, trató en vano de recoger el cuerpo y arrollarlo en el palo. Imposible: le faltaba el punto de apoyo en la cola, el famoso punto de apoyo, sin el cual un poderoso boa se encuentra reducido a la más vergonzosa impotencia. El hombre la llevó así colgando y fue arrojada en el serpentario.

Constituía a éste un simple espacio de tierra cercado con chapas de cinc liso, provisto de algunas jaulas y que albergaba a treinta o cuarenta víboras. *Cruzada* cayó en tierra y se mantuvo un momento arrollada y congestionada bajo el sol de fuego.

La instalación era evidentemente provisoria; grandes y chatos cajones alquitranados servían de bañadera a las víboras, y varias casillas y piedras amontonadas ofrecían reparo a los huéspedes de ese paraíso improvisado.

Un instante después la yarará se veía rodeada y pasaba por encima por cinco o seis compañeras que iban a reconocer su especie.

Cruzada las conocía a todas; pero no así a una gran víbora que se bañaba en una jaula cerrada con tejido de alambre. ¿Quién

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

era? Era absolutamente desconocida para la yarará. Curiosa a su vez, se acercó lentamente.

Se acercó tanto que la otra se irguió. *Cruzada* ahogó un silbido de estupor mientras caía en guardia, arrollada. La gran víbora acababa de hinchar el cuello, pero monstruosamente, como jamás había visto hacerlo a nadie. Quedaba realmente extraordinaria así.

—¿Quién eres? —murmuró *Cruzada*—. ¿Eres de las nuestras?

Es decir, venenosa. La otra, convencida de que no había habido intención de ataque en la aproximación de la yarará, aplastó sus dos grandes orejas.

—Sí —repuso—. Pero no de aquí... muy lejos... de la India.

—¿Cómo te llamas?

—*Hamadrías*... o Cobra capelo real.

—Yo soy *Cruzada*.

—Sí, no necesitas decirlo. He visto muchas hermanas tuyas ya... ¿Cuándo te cazaron?

—Hace un rato... No pude matar.

—Mejor hubiera sido para ti que te hubieran muerto...

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Pero maté al perro.

—¿Qué perro? ¿El de aquí?

—Sí.

La Cobra real se echó a reír, al tiempo que *Cruzada* tenía una nueva sacudida: el perro lanudo que creía haber matado estaba ladrando.

—¿Te sorprende, eh? —agregó *Hamadrías*—. A muchas les ha pasado lo mismo.

—Pero es que mordí en la cabeza... —contestó *Cruzada*, cada vez más aturdida —. ¡No me queda una gota de veneno!— concluyó, pues es patrimonio de las yararás vaciar casi en una mordida sus glándulas.

—Para él es lo mismo que te hayas vaciado o no...

—¿No puede morir?

—Sí, pero no por cuenta nuestra... Está inmunizado. Pero tú no sabes lo que es esto...

—¡Sé! —Repuso vivamente *Cruzada*—. *Ñacaniná* nos contó...

La Cobra real la consideró entonces atentamente.

—Tú me pareces inteligente...

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Tanto como tú... por lo menos! —replicó *Cruzada*.

El cuello de la asiática se expandió bruscamente de nuevo, y de nuevo la yarará cayó en guardia.

Ambas víboras se miraron largo rato, y el capuchón de la cobra bajó lentamente.

—Inteligente y valiente —murmuró *Hamadrías*—. A ti se te puede hablar... ¿Conoces el nombre de mi especie?

—*Hamadrías*, supongo.

—O Naja búngaro... o Cobra capelo real. Nosotras somos respecto de la vulgar cobra capelo de la India lo que tú respecto de una de esas coatiaritas... ¿Y sabes de qué nos alimentamos?

—No.

—De víboras americanas... entre otras cosas —concluyó balanceando la cabeza ante *Cruzada*.

Ésta apreció rápidamente el tamaño de la extranjera ofiófaga.

—¿Dos metros cincuenta...? —preguntó.

—Sesenta... dos sesenta, pequeña *Cruzada* —repuso la otra, que había seguido sus ojos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Es un buen tamaño... Más o menos, el largo de *Anaconda*, una prima mía. ¿Sabes de qué se alimenta?

—Supongo...

—Sí, de víboras asiáticas...

Y miró a su vez a *Hamadrías*.

—¡Bien contestado! —repuso ésta, balanceándose de nuevo. Y después de refrescarse la cabeza en el agua agregó perezosamente:

—¿Prima tuya dijiste?

—Sí.

—¿Sin veneno, entonces?

—Así es... Y por esto justamente tiene gran debilidad por las extranjeras venenosas.

Pero la asiática no la escuchaba ya, absorta en sus pensamientos.

—¡Óyeme! —dijo de pronto—. ¡Estoy harta de hombres, perros, caballos y de todo este infierno de estupidez y crueldad! Tú me puedes entender, porque lo que es ésas... Llevo año y medio encerrada en una jaula como si fuera una rata,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

maltratada, torturada periódicamente. Y lo que es peor, despreciada, manejada como un trapo por viles hombres... ¡Y yo, que tengo valor, fuerza y veneno suficientes para concluir con todos ellos, estoy condenada a entregar mi veneno para la preparación de los sueros antivenenosos! ¡No te puedes dar cuenta de lo que esto supone para mi orgullo! ¿Me entiendes? —concluyó mirando en los ojos de la yarará.

—Sí —repuso la otra—. ¿Qué debo hacer?

—Una sola cosa; un solo medio tenemos de vengarnos hasta las heces... Acércate, que no nos oigan... Tú sabes la necesidad absoluta de un punto de apoyo para poder desplegar nuestra fuerza. Toda nuestra salvación depende de esto. Solamente...

—¿Qué?

La cobra real miró otra vez fijamente a *Cruzada*.

—Solamente que puedes morir...

—¿Sola?

—¡Oh, no! *Ellos,* algunos de los hombres, también morirán...

—¡Es lo único que deseo! Continúa.

—Pero acércate aún... ¡más cerca!

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

El diálogo continuó un rato en voz tan baja que el cuerpo de la yarará frotaba descamándose contra las mallas de alambre. De pronto la cobra se abalanzó y mordió por tres veces a *Cruzada*. Las víboras, que habían seguido de lejos el incidente, gritaron.

—¡Ya está! ¡Ya la mató! ¡Es una traicionera!

Cruzada, mordida por tres veces en el cuello, se arrastró pesadamente por el pasto. Muy pronto quedó inmóvil, y fue a ella a quien encontró el empleado del Instituto cuando tres horas después entró en el serpentario. El hombre vio a la yarará, y empujándola con el pie le hizo dar vuelta como una soga y miró su vientre blanco.

—Está muerta, bien muerta... —murmuró—. ¿Pero de qué? Y se agachó a observar a la víbora. No fue largo su examen: en el cuello y en la misma base de la cabeza notó huellas inequívocas de colmillos venenosos.

—¡Hum! —se dijo el hombre—. Ésta no puede ser más que la *Hamadrías*... Allí está, arrollada y mirándome como si yo fuera otra *alternatus*...Veinte veces le he dicho al director que las mallas del tejido son demasiado grandes. Ahí está la prueba... En fin —concluyó cogiendo a *Cruzada* por la cola y lanzándola por encima de la barrera de cinc—, ¡un bicho menos que vigilar!

Fue a ver al director:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—La *Hamadrías* ha mordido a la yarará que introdujimos hace un rato. Vamos a extraerle muy poco veneno.

—Es un fastidio grande —repuso aquél—. Pero necesitamos para hoy el veneno. No nos queda más que un solo tubo de suero... ¿Murió la *alternatus* ?

—Sí, la tiré afuera... ¿Traigo a la *Hamadrías*?

—No hay más remedio... Pero para la segunda recolección, de aquí a dos o tres horas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

VIII

...Se hallaba quebrantada, exhausta de fuerzas. Sentía la boca llena de tierra y sangre. ¿Dónde estaba?

El velo denso de sus ojos comenzaba a desvanecerse, y *Cruzada* alcanzó a distinguir el contorno. Vio, reconoció el muro de cinc, y súbitamente recordó todo. El perro negro, el lazo, la inmensa serpiente asiática y el plan de batalla de ésta en que ella misma, *Cruzada*, iba jugando su vida. Recordaba todo, ahora que la parálisis provocada por el veneno comenzaba a abandonarla. Con el recuerdo tuvo conciencia plena de lo que debía hacer. ¿Sería tiempo todavía?

Intentó arrastrarse, mas en vano; su cuerpo ondulaba, pero en el mismo sitio, sin avanzar. Pasó un rato aún, y su inquietud crecía.

—¡Y no estoy sino a 30 metros! —murmuraba—. ¡Dos minutos, un solo minuto de vida, y llego a tiempo!

Y tras nuevo esfuerzo consiguió deslizarse, arrastrarse desesperada hacia el laboratorio.

Atravesó el patio, llegó a la puerta en el momento en que el empleado, con las dos manos, sostenía colgando en el aire a *Hamadrías*, mientras el hombre de los lentes negros le introducía el vidrio de reloj en la boca. La mano se dirigía a oprimir las glándulas, y *Cruzada* estaba aún en el umbral.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡No tendré tiempo! — se dijo desesperada.

Y rastreando en un supremo esfuerzo, tendió adelante los blanquísimos colmillos. El peón, al sentir su pie descalzo abrasado por los dientes de la yarará, lanzó un grito y bailó. No mucho, pero lo suficiente para que el cuerpo colgante de la cobra real oscilara y alcanzase a la pata de la mesa, donde se arrolló velozmente. Y con ese *punto de apoyo* arrancó su cabeza de entre las manos del peón y fue a clavar hasta la raíz los colmillos en la muñeca izquierda del hombre de lentes negros, justamente en una vena.

¡Ya estaba! Con los primeros gritos, ambas, la cobra asiática y la yarará, huían sin ser perseguidas.

—¡Un punto de apoyo! —Murmuraba la cobra volando a escape por el campo—. Nada más que eso me faltaba. ¡Yo lo conseguí por fin!

—Sí —corría la yarará a su lado, muy dolorida aún—. Pero no volvería a repetir el juego...

Allá, de la muñeca del hombre pendían dos negros hilos de sangre pegajosa. La inyección de una hamadrías en una vena es cosa demasiado seria para que un mortal pueda resistirla largo rato con los ojos abiertos, y los del herido se cerraban para siempre a los cuatro minutos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

IX

El Congreso estaba en pleno. Fuera de *Terrífica* y *Ñacaniná* y las yararás *Urutú Dorado*, *Coatiarita*, *Neuwied*, *Atroz* y *Lanceolada*, habían acudido *Coralina*, de cabeza estúpida, según *Ñacaniná*, lo que no obsta para que su mordedura sea de las más dolorosas. Además es hermosa, incontestablemente hermosa con sus anillos rojos y negros.

Siendo, como es sabido, muy fuerte la vanidad de las víboras en punto de belleza, *Coralina* se alegraba bastante de la ausencia de su hermana *Frontal*, cuyos triples anillos negros y blancos sobre fondo de púrpura colocan a esta víbora de coral en el más alto escalón de la belleza ofídica.

Las Cazadoras estaban representadas esa noche por *Drimobia*, cuyo destino es ser llamada *yararacusú del monte*, aunque su aspecto sea bien distinto. Asistían *Cipó*, de un hermoso verde y gran cazadora de pájaros; *Radínea*, pequeña y oscura, que no abandona jamás los charcos; *Boipeva*, cuya característica es achatarse completamente contra el suelo apenas se siente amenazada; *Trigémina*, culebra de coral, muy fina de cuerpo, como sus compañeras arborícolas; y por último, *Esculapia*, también de coral, cuya entrada, por razones que se verán en seguida, fue acogida con generales miradas de desconfianza.

Faltaban asimismo varias especies de las venenosas y las cazadoras, ausencia ésta que requiere una aclaración.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Al decir Congreso pleno hemos hecho referencia a la gran mayoría de las especies, y sobre todo de las que se podría llamar *reales* por su importancia. Desde el primer Congreso de las víboras se acordó que las especies numerosas, estando en mayoría, podían dar carácter de absoluta fuerza a sus decisiones. De aquí la plenitud del Congreso actual, bien que fuera lamentable la ausencia de la yarará *Surucucú*, a quien no había sido posible hallar por ninguna parte. Hecho tanto más de sentir que esta víbora, que puede alcanzar a tres metros, es, a la vez que reina en América, viceemperatriz del Imperio Mundial de las Víboras, pues sólo una la aventaja en tamaño y potencia de veneno: la hamadrías asiática.

Alguna faltaba, fuera de *Cruzada*; pero las víboras todas afectaban no darse cuenta de su ausencia.

A pesar de todo, se vieron forzadas a volverse al ver asomar por entre los helechos una cabeza de grandes ojos vivos.

—¿Se puede? —decía la visitante alegremente.

Como si una chispa eléctrica hubiera recorrido todos los cuerpos, las víboras irguieron la cabeza al oír aquella voz.

—¿Qué quieres aquí? —gritó *Lanceolada* con profunda irritación.

—¡Éste no es tu lugar! —clamó *Urutú Dorado*, dando por primera vez señales de vivacidad.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Fuera! ¡Fuera! —gritaron varias con intenso desasosiego.

Pero *Terrífica*, con silbido claro, aunque trémulo, logró hacerse oír.

—¡Compañeras! No olviden que estamos en Congreso, y todas conocemos sus leyes: nadie mientras dure puede ejercer acto alguno de violencia. ¡Entra. *Anaconda*!

—¡Bien dicho! —exclamó *Ñacaniná* con sorda ironía—. Las nobles palabras de nuestra reina nos aseguran. ¡Entra, *Anaconda*!

Y la cabeza viva y simpática de *Anaconda* avanzó, arrastrando tras de sí dos metros cincuenta de cuerpo oscuro y elástico. Pasó ante todas, cruzando una mirada de inteligencia con la *Ñacaniná*, y fue a arrollarse con leves silbidos de satisfacción junto a *Terrífica*, quien no pudo menos de estremecerse.

—¿Te incomodo? —le preguntó cortésmente *Anaconda*.

—¡No, de ninguna manera! —contestó *Terrífica* —. Son las glándulas de veneno que me incomodan, de hinchadas...

Anaconda y *Ñacaniná* tornaron a cruzar una mirada irónica, y prestaron atención.

La hostilidad bien evidente de la asamblea hacia la recién llegada tenía un cierto fundamento, que no se dejará de

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

apreciar. La anaconda es la reina de todas las serpientes habidas y por haber sin exceptuar al pitón malayo. Su fuerza es extraordinaria, y no hay animal de carne y hueso capaz de resistir un abrazo suyo. Cuando comienza a dejar del follaje sus diez metros de cuerpo liso con grandes manchas de terciopelo negro, la selva entera se crispa y encoge. Pero la anaconda es demasiado fuerte para odiar a sea quien fuere, con una sola excepción, y esta conciencia de su valor le hace conservar siempre buena amistad con el hombre. Si a alguien detesta es, naturalmente, a las serpientes venenosas, y de aquí la conmoción de las víboras ante la cortés *Anaconda*.

Anaconda no es, sin embargo, hija de la región. Vagabundeando en las aguas espumosas del Paraná había llegado hasta allí con una gran creciente, y continuaba en la región, muy contenta del país, en buena relación con todos, y en particular con la *Ñacaniná*, con quien había trabado viva amistad. Era, por lo demás, aquel ejemplar una joven anaconda que distaba aún mucho de alcanzar a los diez metros de sus felices abuelos. Pero los dos metros cincuenta que medía ya valían por el doble, si se considera la fuerza de este magnífico boa, que por divertirse al crepúsculo atraviesa el Amazonas entero con la mitad del cuerpo erguido fuera del agua.

Pero *Atroz* acababa de tomar la palabra ante la asamblea, ya distraída.

—Creo que podríamos comenzar ya —dijo—. Ante todo es menester saber algo de *Cruzada*. Prometió estar aquí en seguida.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Lo que prometió —intervino la *Ñacaniná*— es estar aquí cuando pudiera. Debemos esperarla.

—¿Para qué? —replicó *Lanceolada*, sin dignarse volver la cabeza a la culebra.

—¿Cómo para qué? —exclamó ésta, irguiéndose—. ¡Se necesita toda la estupidez de una *Lanceolada* para decir esto...! ¡Estoy cansada ya de oír en este Congreso disparate tras disparate! ¡No parece sino que las Venenosas representaran a la Familia entera! Nadie menos ésa —señaló con la cola a *Lanceolada*— ignora que precisamente de las noticias que traiga *Cruzada* depende nuestro plan... ¿Que para qué esperarla...? ¡Estamos frescas si las inteligencias capaces de preguntar esto dominan en este Congreso!

—No insultes —le reprochó gravemente *Coatiarita*.

—La *Ñacaniná* se volvió a ella:

—¿Y a ti quién te mete en esto?

—No insultes —repitió la pequeña, dignamente. *Ñacaniná* consideró al pundonoroso benjamín y cambió de voz.

—Tiene razón la minúscula prima —concluyó tranquila— *Lanceolada*, te pido disculpa.

—¡No sé nada! —replicó con rabia la yarará.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡No importa!; pero vuelvo a pedirte disculpa.

—Felizmente, *Coralina*, que acechaba a la entrada de la caverna, entró silbando:

—¡Ahí viene *Cruzada*!

—¡Por fin! —exclamaron los congresales, alegres.

Pero su alegría transformóse en estupefacción cuando detrás de la yarará vieron entrar a una inmensa víbora totalmente desconocida de ellas.

Mientras *Cruzada* iba a tenderse al lado de Atroz, la intrusa se arrolló lenta y paulatinamente en el centro de la caverna y se mantuvo inmóvil.

—¡*Terrífica*! —dijo *Cruzada*—. Dale la bienvenida. Es de las nuestras.

—¡Somos hermanas! —se apresuró la de cascabel, observándola inquieta.

Todas las víboras, muertas de curiosidad, se arrastraban hacia la recién llegada.

—Parece una prima sin veneno —decía una, con un tanto de desdén.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—Sí —agregó otra—. Tiene ojos redondos.

—Y cola larga.

—Y además...

Pero de pronto quedaron mudas porque la desconocida acababa de hinchar monstruosamente el cuello. No duró aquello más que un segundo; el capuchón se replegó, mientras la recién llegada se volvía a su amiga con la voz alterada.

—*Cruzada*, diles que no se acerquen tanto... No puedo dominarme.

—¡Sí, déjenla tranquila! —exclamó *Cruzada*—. Tanto más —agregó— cuanto que acaba de salvarme la vida, y tal vez la de todas nosotras.

No era menester más. El Congreso quedó un instante pendiente de la narración de *Cruzada*, que tuvo que contarlo todo: el encuentro con el perro, el lazo del hombre de lentes oscuros, el magnífico plan de *Hamadrías*, con la catástrofe final y el profundo sueño que acometió luego a la yarará hasta una hora antes de llegar.

—Resultado —concluyó—: dos hombres fuera de combate, y de los más peligrosos. Ahora no nos resta más que eliminar a los que quedan.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡O a los caballos! —dijo *Hamadrías*.

—¡O al perro! —agregó la *Ñacaniná*.

—Yo creo que a los caballos —insistió la cobra real—. Y me fundo en esto: mientras queden vivos los caballos, un solo hombre puede preparar miles de tubos de suero, con los cuales se inmunizarán contra nosotras. Raras veces —ustedes lo saben bien— se presenta la ocasión de morder en una vena... como ayer. Insisto, pues, en que debemos dirigir todo nuestro ataque contra los caballos. ¡Después veremos! En cuanto al perro —concluyó con una mirada de reojo a la *Ñacaniná*— me parece despreciable.

Era evidente que desde el primer momento la serpiente asiática y la *Ñacaniná* indígena habíanse disgustado mutuamente. Si la una, en su carácter de animal venenoso, representaba un tipo inferior para la Cazadora, esta última, a fuer de fuerte y ágil, provocaba el odio y los celos de *Hamadrías*. De modo que la vieja y tenaz rivalidad entre serpientes venenosas y no venenosas llevaba miras de exasperarse aún más en aquel último Congreso.

—Por mi parte —contestó *Ñacaniná*— creo que caballos y hombres son secundarios en esta lucha. Por gran facilidad que podamos tener para eliminar a unos y otros, no es nada esta facilidad comparada con la que puede tener el perro el primer día que se les ocurra dar una batida en forma, y la darán, estén bien seguras, antes de veinticuatro horas. Un perro inmunizado

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

contra cualquier mordedura, aun la de esta señora con sombrero en el cuello —agregó señalando de costado a la cobra real—, es el enemigo más temible que podamos tener, y sobre todo si se recuerda que ese enemigo ha sido adiestrado en seguir nuestro rastro. ¿Qué opinas, *Cruzada*?

No se ignoraba tampoco en el Congreso la amistad singular que unía a la víbora y la culebra; posiblemente, más que amistad era aquello una estimación recíproca de su mutua inteligencia.

—Yo opino como *Ñacaniná* —repuso—. Si el perro se pone a trabajar estamos perdidas.

—¡Pero adelantémonos! —replicó *Hamadrías*.

—¡No podríamos adelantarnos tanto...! Me inclino decididamente por la prima.

—Estaba segura — dijo ésta tranquilamente.

Era esto más de lo que podía oír la cobra real sin que la ira subiera a inundarle los colmillos de veneno.

—No sé hasta qué punto puede tener valor la opinión de esta señorita conversadora —dijo devolviendo a la *Ñacaniná* su mirada de reojo—. El peligro real en esta circunstancia es para nosotras las Venenosas, que tenemos por negro pabellón a la

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Muerte. Las Culebras saben bien que el hombre no las teme, porque son completamente incapaces de hacerse temer.

—¡He aquí una cosa bien dicha! —dijo una voz que no había sonado aún.

Hamadrías se volvió vivamente, porque en el tono tranquilo de la voz había creído notar una vaguísima ironía, y vio dos grandes ojos brillantes que la miraban apaciblemente.

—¿A mí me hablas? —preguntó con desdén.

—Sí, a ti —repuso mansamente la interruptora.

—Lo que has dicho está empapado en profunda verdad.

La cobra real volvió a sentir la ironía anterior, y como por un presentimiento midió a la ligera con la vista el cuerpo de su interlocutora, arrollada en la sombra.

—¡Tú eres *Anaconda*!

—¡Tú lo has dicho! —repuso aquélla inclinándose.

Pero la *Ñacaniná* quería de una vez por todas aclarar las cosas.

—¡Un instante! —exclamó.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡No! —interrumpió *Anaconda*—. Permíteme, *Ñacaniná*. Cuando un ser es bien formado, ágil, fuerte y veloz, se apodera de su enemigo con la energía de nervios y músculos que constituye su honor, como lo es de todos los luchadores de la Creación. Así cazan el gavilán, el gato onza, el tigre, nosotras, todos los seres de noble estructura. Pero cuando se es torpe, pesado, poco inteligente, y se es incapaz por lo tanto de luchar francamente por la vida, entonces se tiene un par de colmillos para asesinar a traición, ¡como esa dama importada que nos quiere deslumbrar con su gran sombrero!

En efecto, la cobra real, fuera de sí, había dilatado el monstruoso cuello para lanzarse sobre la insolente. Pero también el Congreso entero se había erguido amenazador al ver esto.

—¡Cuidado! —gritaron varias a un tiempo—. ¡El Congreso es inviolable!

—¡Abajo el capuchón! —alzóse *Atroz*, con los ojos hechos ascua.

Hamadrías se volvió a ella con un silbido de rabia.

—¡Abajo el capuchón! —se adelantaron *Urutú Dorado* y *Lanceolada*.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Hamadrías tuvo un instante de loca rebelión, pensando en la facilidad con que hubiera destrozado una por una a cada una de sus contrincantes. Pero ante la actitud de combate del Congreso entero, bajó el capuchón lentamente.

—¡Está bien! —silbó—. Respeto al Congreso. Pero pido que cuando se concluya... ¡no me provoquen!

—Nadie te provocará —dijo *Anaconda*.

La cobra se volvió a ella con reconcentrado odio:

—¡Y tú menos que nadie, porque me tienes miedo!

—¡Miedo yo! —contestó *Anaconda* avanzando.

—¡Paz, paz! —clamaron todas de nuevo—. ¡Estamos dando un pésimo ejemplo! ¡Decidamos de una vez lo que debemos hacer!

—Sí, ya es tiempo de esto —dijo *Terrífica*—. Tenemos dos planes a seguir: el propuesto por *Ñacaniná* y el de nuestra aliada. ¿Comenzamos el ataque por el perro, o bien lanzamos todas nuestras fuerzas contra los caballos?

Ahora bien: aunque la mayoría se inclinaba acaso a adoptar el plan de la culebra, el aspecto, tamaño e inteligencia demostrada por la serpiente asiática había impresionado

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

favorablemente al Congreso en su favor. Estaba aún viva su magnífica combinación contra el personal del Instituto; y fuera

lo que pudiere ser su nuevo plan es lo cierto que se le debía ya la eliminación de dos hombres. Agréguese que, salvo la *Ñacaniná* y *Cruzada*, que habían entrado ya en campaña, ninguna se daba cuenta precisa del terrible enemigo que había en un perro inmunizado y rastreador de víboras. Se comprenderá así que el plan de la cobra real triunfara al fin.

Aunque era ya muy tarde, era también cuestión de vida o muerte llevar el ataque en seguida, y se decidió partir sobre la marcha.

—¡Adelante, pues! —concluyó la de cascabel—. ¿Nadie tiene nada más que decir?

—¡Nada! —gritó la *Ñacaniná*—, sino que nos arrepentiremos.

Y las víboras y culebras, inmensamente aumentadas por los individuos de las especies cuyos representantes salían de la caverna, lanzáronse hacia el Instituto.

—¡Una palabra! —advirtió aún *Terrífica*—. ¡Mientras dure la campaña estamos en Congreso y somos inviolables las unas para las otras! ¿Entendido?

—¡Sí, sí; basta de palabras! —silbaron todas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

La cobra real, a cuyo lado pasaba *Anaconda*, le dijo mirándola sombríamente:

—Después...

—¡Ya lo creo! —la cortó alegremente *Anaconda*, lanzándose como una flecha a la vanguardia.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

X

El personal del Instituto velaba al pie de la cama del peón mordido por la yarará. Pronto debía amanecer. Un empleado se asomó a la ventana, por donde entraba la noche caliente, y creyó oír ruido en uno de los galpones. Prestó oído un rato y dijo:

—Me parece que es en la caballeriza... Vaya a ver, Fragoso.

El aludido encendió el farol de viento y salió, en tanto que los demás quedaban atentos con el oído alerta.

No había transcurrido medio minuto cuando sentían pasos precipitados en el patio y Fragoso aparecía, pálido de sorpresa.

—¡La caballeriza está llena de víboras! —dijo.

—¿Llena? —preguntó el nuevo jefe—. ¿Qué es eso? ¿Qué pasa?

—No sé...

—Vayamos.

Y se lanzaron afuera.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—*¡Daboy! ¡Daboy!* —llamó el jefe al perro, que gemía soñando bajo la cama del enfermo. Y corriendo todos entraron en la caballeriza.

Allí, a la luz del farol de viento, pudieron ver al caballo y a la mula debatiéndose a patadas contra sesenta u ochenta víboras que inundaban la caballeriza. Los animales relinchaban y hacían volar a coces los pesebres; pero las víboras, como si las dirigiera una inteligencia superior, esquivaban los golpes y mordían con furia.

Los hombres, con el impulso de la llegada, habían caído entre ellas. Ante el brusco golpe de luz las invasoras se detuvieron un instante, para lanzarse en seguida, silbando, a un nuevo asalto, que dada la confusión de caballos y hombres no se sabía contra quién iba dirigido.

El personal del Instituto se vio así rodeado por todas partes de víboras. Fragoso sintió un golpe de colmillos en el borde de las botas, a medio centímetro de su rodilla, y descargó su vara —vara dura y flexible que nunca falta en una casa de bosque— sobre la atacante. El nuevo director partió en dos a otra, y el otro empleado tuvo tiempo de aplastar la cabeza, sobre el cuello mismo del perro, a una gran víbora que acababa de arrollarse con pasmosa velocidad al pescuezo del animal.

Esto pasó en menos de diez segundos. Las varas caían con furioso vigor sobre las víboras que avanzaban siempre, mordían las botas, pretendían trepar por las piernas. Y en

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

medio del relinchar de los caballos, los gritos de los hombres, los ladridos del perro y el silbido de las víboras, el asalto ejercía cada vez más presión sobre los defensores, cuando Fragoso, al precipitarse sobre una inmensa víbora que creyera reconocer, pisó sobre un cuerpo a toda velocidad y cayó, mientras el farol, roto en mil pedazos, se apagaba.

—¡Atrás! —gritó el nuevo director—. ¡*Daboy*, aquí!

Y saltaron atrás, al patio, seguidos por el perro, que, felizmente, había podido desenredarse de entre la madeja de víboras.

Pálidos y jadeantes se miraron.

—Parece cosa del diablo... —murmuró el jefe.

—Jamás he visto cosa igual... ¿Qué tienen las víboras de este país? Ayer, aquella doble mordedura, como matemáticamente combinada... Hoy... Por suerte, ignoran que nos han salvado a los caballos con sus mordeduras... Pronto amanecerá y entonces será otra cosa.

—Me pareció que allí andaba la cobra real —dejó caer Fragoso, mientras se ligaba los músculos doloridos de la muñeca.

—Sí —agregó el otro empleado—. Yo la vi bien. ¿Y *Daboy*, no tiene nada?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—No; muy mordido... Felizmente puede resistir cuanto quieran.

Volvieron los hombres otra vez al enfermo, cuya respiración era mejor. Estaba ahora inundado en copiosa transpiración.

—Comienza a aclarar —dijo el nuevo director asomándose a la ventana—. Usted, Antonio, podrá quedarse aquí. Fragoso y yo vamos a salir.

—¿Llevamos los lazos? —preguntó Fragoso.

—¡Oh, no! —repuso el jefe, sacudiendo la cabeza—. Con otras víboras las hubiéramos cazado a todas en un segundo. Éstas son demasiado singulares... Las varas y, a todo evento, el machete.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

XI

No singulares, sino víboras que ante un inmenso peligro sumaban la inteligencia reunida de las especies, era el enemigo que había asaltado el Instituto Seroterápico.

La súbita oscuridad que siguiera al farol roto había advertido a los combatientes el peligro de mayor luz y mayor resistencia. Además, comenzaban a sentir ya en la humedad de la atmósfera la inminencia del día.

—Si nos quedamos un momento más —exclamó *Cruzada*— nos cortan la retirada. ¡Atrás!

—¡Atrás, atrás! —gritaron todas.

Y atropellándose, pasando unas sobre las otras, se lanzaron al campo. Marchaban en tropel, espantadas, derrotadas, viendo con consternación que el día comenzaba a romper a lo lejos.

Llevaban ya veinte minutos de fuga cuando un ladrido claro y agudo, pero distante aún, detuvo a la columna jadeante.

—¡Un instante! —gritó *Urutú Dorado*—. Veamos cuántas somos y qué debemos hacer.

A la luz aún incierta de la madrugada examinaron sus fuerzas. Entre las patas de los caballos habían quedado dieciocho serpientes muertas, entre ellas las dos culebras de

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

coral. *Atroz* había sido partida en dos por Fragoso y *Drimobia* yacía allá con el cráneo roto mientras estrangulaba al perro. Faltaban además *Coatiarita, Radínea y Boipeva*. En total, veintitrés combatientes aniquiladas. Pero las restantes, sin excepción de una sola, estaban todas magulladas, pisadas, pateadas, llenas de polvo y sangre entre las escamas rotas.

—He aquí el éxito de nuestra campaña —dijo amargamente *Ñacaniná*, deteniéndose un instante a restregar contra una piedra su cabeza—. ¡Te felicito, *Hamadrías*!

Pero para sí sola se guardaba lo que había oído tras la puerta cerrada de la caballeriza —pues había salido la última—: ¡en vez de matar habían salvado la vida a los caballos, que se extenuaban precisamente por falta de veneno!

Sabido es que para un caballo que se está inmunizando el veneno le es tan indispensable para su vida diaria como el agua misma, y mueren si les llega a faltar.

Un segundo ladrido de perro sobre el rastro sonó tras ellas.

—¡Estamos en inminente peligro! —gritó *Terrífica*—. ¿Qué hacemos?

—¡A la gruta! —clamaron todas, deslizándose a toda velocidad.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Pero están locas! —¡gritó la *Ñacaniná*, mientras corría—. ¡Las van a aplastar a todas! ¡Van a la muerte! Óiganme: ¡desbandémonos!

Las fugitivas se detuvieron, irresolutas. A pesar de su pánico, algo les decía que el desbande era la única medida salvadora, y miraron alocadas a todas partes. Una sola voz de apoyo, una sola y se decidían.

Pero la cobra real, humillada, vencida en su segundo esfuerzo de dominación, repleta de odio para un país que en adelante debía serle eminentemente hostil, prefirió hundirse del todo, arrastrando con ella a las demás especies.

—¡Está loca *Ñacaniná*! —exclamó—. Separándonos nos matarán una a una sin que podamos defendernos... Allá es distinto. ¡A la caverna!

—¡Sí, a la caverna! —respondió la columna, despavorida, huyendo—. ¡A la caverna!

La *Ñacaniná* vio aquello y comprendió que iban a la muerte. ¡Pero viles, derrotadas, locas de pánico, las víboras iban a sacrificarse, a pesar de todo! Y con una altiva sacudida de lengua, ella, que podía ponerse impunemente a salvo por su velocidad, se dirigió con las otras directamente a la Muerte.

Sintió así un cuerpo a su lado, y se alegró al reconocer a *Anaconda*.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Ya ves —le dijo con una sonrisa— a lo que nos ha traído la asiática!

—Sí, es un mal bicho... —murmuró *Anaconda*, mientras corrían una junta a otra.

—¡Y ahora las lleva a hacerse masacrar todas juntas...!

—Ella, por lo menos —advirtió *Anaconda* con voz sombría—, no va a tener ese gusto...

Y ambas, con un esfuerzo de velocidad, alcanzaron a la columna.

Ya habían llegado.

—¡Un momento! —se adelantó *Anaconda*, cuyos ojos brillaban—. Ustedes lo ignoran, pero yo lo sé con certeza, que dentro de diez minutos no va a quedar una de nosotras. El Congreso y sus leyes están, pues, ya concluidos. ¿No es así, *Terrífica*?

Se hizo un largo silencio.

—Sí —murmuró abrumada *Terrífica*—. Está concluido...

—Entonces —prosiguió *Anaconda* volviendo la cabeza a todos lados—, antes de morir quisiera... ¡Ah, mejor así! —concluyó

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

satisfecha al ver a la cobra real que avanzaba lentamente hacia ella.

No era aquél probablemente el momento ideal para un combate. Pero desde que el mundo es mundo, nada, ni la presencia del Hombre sobre ellas, podrá evitar que una venenosa y una cazadora solucionen sus asuntos particulares.

El primer choque fue favorable a la cobra real: sus colmillos se hundieron hasta la encía en el cuello de *Anaconda*. Ésta, con la maravillosa maniobra de los boas de devolver en ataque una cogida casi mortal, lanzó su cuerpo adelante como un látigo y envolvió a la *Hamadrías*, que en un instante se sintió ahogada. El boa, concentrando toda su vida en aquel abrazo, cerraba progresivamente sus anillos de acero; pero la cobra real no soltaba presa. Hubo aún un instante en que *Anaconda* sintió crujir su cabeza entre los dientes de la *Hamadrías*. Pero logró hacer un supremo esfuerzo, y este postrer relámpago de voluntad decidió la balanza a su favor. La boca de la cobra, semiasfixiada, se desprendió babeando, mientras la cabeza libre de *Anaconda* hacía presa en el cuerno de la *Hamadrías.*

Poco a poco, segura del terrible abrazo con que inmovilizaba a su rival, su boca fue subiendo a lo largo del cuello, con cortas y bruscas dentelladas, en tanto que la cobra sacudía desesperada la cabeza. Los noventa y seis agudos dientes de *Anaconda* subían siempre: llegaron al capuchón, treparon, alcanzaron la garganta, subieron aún, hasta que se clavaron por

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

fin en la cabeza de su enemiga, con un sordo y larguísimo crujido de huesos masticados.

Ya estaba concluido. El boa abrió sus anillos y el macizo cuerno de la cobra real se escurrió pesadamente a tierra, muerta.

—Por lo menos estoy contenta... —murmuró *Anaconda*, cayendo a su vez exánime sobre el cuerpo de la asiática.

Fue en ese instante cuando las víboras oyeron a menos de 100 metros el ladrido agudo del perro.

Y ellas, que diez minutos antes atropellaban aterradas la entrada de la caverna, sintieron subir a sus ojos la llamarada salvaje de la lucha a muerte por la selva entera.

—¡Entremos! —gritaron, sin embargo, algunas.

—¡No, aquí! ¡Muramos aquí! —ahogaron todas con sus silbidos.

Y contra el murallón de piedra que les cortaba toda retirada, el cuello y la cabeza erguidos sobre el cuerpo arrollado, los ojos hechos ascua, esperaron.

No fue larga su espera. En el día, aún lívido, y contra el fondo negro del monte, vieron surgir ante ellas las dos altas siluetas

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

del nuevo director y de Fragoso, reteniendo en traílla al perro, que, loco de rabia, se abalanzaba adelante.

—¡Se acabó! ¡Y esta vez definitivamente! —murmuró *Ñacaniná*, despidiéndose con esas seis palabras de una vida bastante feliz, cuyo sacrificio acababa de decidir.

Y con violento empuje se lanzó al encuentro del perro, que suelto y con la boca blanca de espuma llegaba sobre ellas. El animal esquivó el golpe y cayó furioso sobre *Terrífica*, que hundió los colmillos en el hocico del perro. *Daboy* agitó furiosamente la cabeza, sacudiendo en el aire a la de cascabel; pero ésta no soltaba.

Neuwied aprovechó el instante para hundir los colmillos en el vientre del animal; mas también en ese momento llegaban sobre ellas los hombres. En un segundo *Terrífica* y *Neuwied* cayeron muertas, con los riñones quebrados.

Urutú Dorado fue partido en dos, y lo mismo *Cipó*. *Lanceolada* logró hacer presa en la lengua del perro; pero dos segundos después caía en tres pedazos por el doble golpe de vara, al lado de *Esculapia*.

El combate, o más bien exterminio, continuaba furioso, entre silbidos y roncos ladridos de *Daboy*, que estaba en todas partes. Cayeron una tras otra, sin perdón —que tampoco pedían—, con

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

el cráneo triturado entre las mandíbulas del perro o aplastadas por los hombres. Fueron quedando masacradas frente a la caverna de su último Congreso. Y de las últimas cayeron *Cruzada* y *Ñacaniná*.

No quedaba una ya. Los hombres se sentaron, mirando aquella total masacre de las especies, triunfantes un día. *Daboy*, jadeando a sus pies, acusaba algunos síntomas de envenenamiento, a pesar de estar poderosamente inmunizado. Había sido mordido sesenta y cuatro veces.

Cuando los hombres se levantaban para irse se fijaron por primera vez en *Anaconda*, que comenzaba a revivir.

—¿Qué hace este boa por aquí? —dijo el nuevo director—. No es éste su país... A lo que parece, ha trabado relación con la cobra real... y nos ha vengado a su manera. Si logramos salvarla haremos una gran cosa, porque parece terriblemente envenenada. Llevémosla. Acaso un día nos salve a nosotros de toda esta chusma venenosa.

Y se fueron, llevando de un palo, que cargaban entre los dos hombres, a *Anaconda*, que, herida y exhausta de fuerzas, iba pensando en *Ñacaniná*, cuyo destino, con un poco menos de altivez, podía haber sido semejante al suyo.

Anaconda no murió. Vivió un año con los hombres, curioseando y observándolo todo, hasta que una noche se fue. Pero la historia de este viaje remontando por largos meses el

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Paraná hasta más allá del Guayra, más allá todavía del golfo letal donde el Paraná toma el nombre de río Muerto; la vida extraña que llevó Anaconda y el segundo viaje que emprendió con sus hermanos sobre las aguas sucias de una gran inundación, toda esta historia de rebelión y asalto de camalotes pertenece a otro relato.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

EL REGRESO DE ANACONDA

Cuando *Anaconda*, en complicidad con los elementos nativos del trópico, meditó y planeó la reconquista del río, acababa de cumplir treinta años.

Era entonces una joven serpiente de diez metros, en la plenitud de su vigor. No había en su vasto campo de caza, tigre o ciervo capaz de sobrellevar con aliento un abrazo suyo. Bajo la contracción de sus músculos toda vida se escurría, adelgazada hasta la muerte. Ante el balanceo de las pajas que delataban el paso del gran boa con hambre, el juncal, todo alrededor, empenachábase de altas orejas aterradas. Y cuando al caer el crepúsculo en las horas mansas, *Anaconda* bañaba en el río de fuego sus diez metros de oscuro terciopelo, el silencio circundábala como un halo.

Pero no siempre la presencia de *Anaconda* desalojaba ante sí la vida, como un gas mortífero. Su expresión y movimientos de paz, insensibles para el hombre, denunciábanla desde lejos a los animales. De este modo:

—Buen día —decía *Anaconda* a los yacarés, a su paso por los fangales.

—*Buen día* —respondían mansamente las bestias al sol, rompiendo dificultosamente con sus párpados globosos el barro que los soldaba.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—*¡Hoy hará mucho calor!* —saludábanla los monos trepados, al reconocer en la flexión de los arbustos a la gran serpiente en desliz.

—Sí, mucho calor... —respondía *Anaconda*, arrastrando consigo la cháchara y las cabezas torcidas de los monos, tranquilos sólo a medias.

Porque mono y serpiente, pájaro y culebra, ratón y víbora, son conjunciones fatales que apenas el pavor de los grandes huracanes y la extenuación de las interminables sequías logran retardar. Sólo la adaptación común a un mismo medio, vivido y propagado desde el remoto inmemorial de la especie, puede sobreponerse en los grandes cataclismos de esta fatalidad del hambre. Así, ante una gran sequía, las angustias del flamenco, de las tortugas, de las ratas y de las anacondas, formarán un solo desolado lamento por una gota de agua.

Cuando encontramos a nuestra *Anaconda*, la selva hallábase próxima a precipitar en su miseria esta sombría fraternidad.

Desde dos meses atrás no tronaba la lluvia sobre las polvorientas hojas. El rocío mismo, vida y consuelo de la flora abrasada, había desaparecido. Noche a noche, de un crepúsculo a otro, el país continuaba desecándose como si todo él fuera un horno. De lo que había sido cauce de umbríos arroyos sólo quedaban piedras lisas y quemantes; y los esteros densísimos de agua negra y camalotes, hallábanse convertidos en páramos de arcilla surcada de rastros durísimos como estopa, y que era

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

cuanto quedaba de la gran flora acuática. A toda la vera del bosque, los cactus, enhiestos como candelabros, aparecían ahora doblados a tierra, con sus brazos caídos hacia la extrema sequedad del suelo, tan duro que resonaba al menor choque.

Los días, unos tras otros, deslizábanse ahumados por la bruma de las lejanas quemazones, bajo el fuego de un cielo blanco hasta enceguecer, y a través del cual se movía un sol amarillo y sin rayos, que al llegar la tarde comenzaba a caer envuelto en vapores como una enorme brasa asfixiada.

Por las particularidades de su vida vagabunda, *Anaconda*, de haberlo querido, no hubiera sentido mayormente los efectos de la sequía. Más allá de la laguna y sus bañados enjutos, hacia el sol naciente, estaba el gran río natal, el Paranahyba refrescante, que podía alcanzar en media jornada.

Pero ya no iba el boa a su río. Antes, hasta donde alcanzaba la memoria de sus antepasados, el río había sido suyo. Aguas, cachoeras, lobos, tormentas y soledad, todo le pertenecía.

Ahora no. Un hombre, primero, con su miserable ansia de ver, tocar y cortar, había emergido tras del cabo de arena con su larga piragua. Luego otros hombres, con otros más, cada vez más frecuentes. Y todos ellos sucios de olor, sucios de machetes y quemazones incesantes. Y siempre remontando el río, desde el Sur...

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

A muchas jornadas de allí, el Paranahyba cobraba otro nombre, ella lo sabía muy bien. Pero más allá todavía, hacia ese abismo incomprensible del agua bajando siempre, ¿no habría un término, una inmensa restinga a través que contuviera las aguas eternamente en descenso?

De allí, sin duda, llegaban los hombres, y las alzaprimas, y las mulas sueltas que infectan la selva. ¡Si ella pudiera cerrar el Paranahyba, devolverle su salvaje silencio, para reencontrar el deleite de antaño, cuando cruzaba el río silbando en las noches oscuras, con la cabeza a tres metros del agua humeante...!

Sí; crear una barrera que cegara el río...

Y bruscamente pensó en los camalotes.

La vida de *Anaconda* era breve aún; pero ella sabía de dos o tres crecidas que habían precipitado en el Paraná millones de troncos desarraigados, y plantas acuáticas y espumosas y fango. ¿A dónde había ido a pudrirse todo eso? ¿Qué cementerio vegetal sería capaz de contener el desagüe de todos los camalotes que un desborde sin precedentes vaciara en la sima de ese abismo desconocido?

Ella recordaba bien: crecida de 1883; inundación de 1894... Y con los once años transcurridos sin grandes lluvias, el régimen tropical debía sentir, como ella en las fauces, sed de diluvio.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Su sensibilidad ofídica a la atmósfera, rizábale las escamas de esperanzas. Sentía el diluvio inminente. Y como otro Pedro el Ermitaño, *Anaconda* lanzóse a predicar la cruzada a lo largo de los riachos y fuentes fluviales.

La sequía de su hábitat no era, como bien se comprende, general a la vasta cuenca. De modo que tras largas jornadas, sus narices se expandieron ante la densa humedad de los esteros, plenos de victorias regias, y al vaho de formol de las pequeñas hormigas que amasaban sus túneles sobre ellas.

Muy poco costó a *Anaconda* convencer a los animales. El hombre ha sido, es y será el más cruel enemigo de la selva.

—...Cegando, pues, el río —concluyó *Anaconda* después de exponer largamente su plan—, los hombres no podrán llegar hasta aquí.

—*¿Pero las lluvias necesarias?* —Objetaron las ratas de agua, que no podían ocultar sus dudas—. *¡No sabemos si van a venir!*

—¡Vendrán! Y antes de lo que imaginan. ¡Yo lo sé!

—*Ella lo sabe* —confirmaron las víboras—. *Ella ha vivido entre los hombres. Ella los conoce.*

—Sí, los conozco. Y sé que un solo camalote, uno solo, arrastra a la deriva de una gran creciente, la tumba de un hombre.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—*¡Ya lo creo!* —sonrieron suavemente las víboras — tal vez de dos...

—*O de cinco...* —bostezó un viejo tigre desde el fondo de sus ijares—. *Pero dime* —se desperezó directamente hacia *Anaconda*—: *¿Estás segura de que los camalotes alcanzarán a cegar el río? Lo pregunto por preguntar.*

—Claro que no alcanzarán los de aquí, ni todos los que puedan desprenderse en doscientas leguas a la redonda... Pero te confieso que acabas de hacer la única pregunta capaz de inquietarme. ¡No, hermanos! Todos los camalotes de la cuenca del Paranahyba y del río Grande con todos sus afluentes, no alcanzarían a formar una barra de diez leguas de largo a través del río. Si no contara más que con ellos, hace tiempo que me hubiera tendido a los pies del primer *caipira* con machete... Pero tengo grandes esperanzas de que las lluvias sean generales e inunden también la cuenca del Paraguay. Ustedes no lo conocen... Es un gran río. Si llueve allá, como indefectiblemente lloverá aquí, nuestra victoria es segura. Hermanos: ¡Hay allá esteros de camalotes que no alcanzaríamos a recorrer nunca, sumando nuestras vidas!

—*Muy bien...* —asintieron los yacarés con pesada modorra—. *Es aquél un hermoso país... ¿Pero cómo sabremos si ha llovido también allá? Nosotros tenemos las patitas débiles...*

—No, pobrecitos... —sonrió *Anaconda*, cambiando una irónica mirada con los carpinchos, sentados a diez prudenciales

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

metros—. No los haremos ir tan lejos... Yo creo que un pájaro cualquiera puede venir desde allá en tres voladas a traernos la buena nueva...

—*Nosotros no somos pájaros cualesquiera* —dijeron los tucanes—, *y vendremos en cien voladas, porque volamos muy mal. Y no tenemos miedo a nadie. Y vendremos volando, porque nadie nos obliga a ello, y queremos hacerlo así. Y a nadie tenemos* miedo.

Y concluido su aliento, los tucanes miraron impávidos a todos, con sus grandes ojos de oro cercados de azul.

—*Somos nosotros quienes tenemos miedo...* —chilló a la sordina una harpía plomiza esponjándose de sueño.

—*Ni a ustedes ni a nadie. Tenemos el vuelo corto; pero miedo, no* —insistieron los tucanes, volviendo a poner a todos de testigos.

—Bien, bien... —intervino *Anaconda*, al ver que el debate se agriaba; como eternamente se ha agriado en la selva toda exposición de méritos—. Nadie tiene miedo a nadie, ya lo sabemos... y los admirables tucanes vendrán, pues, a informarnos del tiempo que reine en la cuenca aliada.

—*Lo haremos así porque nos gusta; pero nadie nos obliga a hacerlo* —tornaron los tucanes.

De continuar así, el plan de lucha iba a ser muy pronto olvidado, y *Anaconda* lo comprendió.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡Hermanos! —se irguió con vibrante silbido—. Estamos perdiendo el tiempo estérilmente. Todos somos iguales, pero juntos. Cada uno de nosotros, de por sí, no vale gran cosa. Aliados, somos toda la zona tropical. ¡Lancémosla contra el hombre, hermanos! ¡El todo lo destruye! ¡Nada hay que no corte y ensucie! ¡Echemos por el río nuestra zona entera, con sus lluvias, su fauna, sus camalotes, sus fiebres y sus víboras! ¡Lancemos el bosque por el río, hasta cegarlo! ¡Arranquémonos todos, desarraiguémonos a muerte, si es preciso, pero lancemos el trópico aguas abajo!

El acento de las serpientes fue siempre seductor. La selva, enardecida, se alzó en una sola voz.

—*¡Sí,* Anaconda! *¡Tienes razón! ¡Precipitemos la zona por el río! ¡Bajemos, bajemos!*

Anaconda respiró por fin libremente: la batalla estaba ganada. El alma —diríamos— de una zona entera, con su clima, su fauna y su flora, es difícil de conmover; pero cuando sus nervios se han puesto tirantes en la prueba de una atroz sequía, no cabe entonces mayor certidumbre, que su resolución bienhechora en un gran diluvio.

Pero su hábitat, a que el gran boa regresaba, la sequía llegaba ya a límites extremos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—*¿Y bien?* —preguntaron las bestias angustiadas—. *¿Están allá de acuerdo con nosotros? ¿Volverá a llover otra vez, dinos? ¿Estás segura,* Anaconda*?*

—Lo estoy. Antes que concluya esta luna oiremos tronar de agua el monte. ¡Agua, hermanos, y que no cesará tan pronto!

A esta mágica voz: ¡agua!, la selva entera clamó, pasaban las noches sin sueño y sin hambre, aspirando como un eco de desolación:

—*¡Agua! ¡Agua!*

—¡Sí, e inmensa! Pero no nos precipitemos cuando brame. Contamos con aliados invalorables, y ellos nos enviarán mensajeros cuando llegue el instante. Escudriñen constantemente el cielo, hacia el noroeste. De allí, deben llegar los tucanes. Cuando ellos lleguen, la victoria es nuestra. Hasta entonces, paciencia.

¿Pero cómo exigir paciencia a seres cuya piel se abría en grietas de sequedad, que tenían los ojos rojos por las conjuntivitis, y cuyo trote vital era ahora un arrastre de patas, sin brújula?

Día tras día, el sol se levantó sobre el barro de intolerable resplandor, y se hundió asfixiado en vapores de sangre, sin una sola esperanza. Cerrada la noche, *Anaconda* deslizábase hasta el Paranahyba a sentir en la sombra el menor estremecimiento de

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

lluvia que debía llegar sobre las aguas desde el implacable Norte. Hasta la costa, por lo demás, se habían arrastrado los animales menos exhaustos. Y juntos todos, pasaban las noches sin sueño y sin hambre, aspirando en la brisa, como la vida misma, el más leve olor a tierra mojada.

Hasta que una noche, por fin, realizóse el milagro. Inconfundible con otro alguno, el viento precursor trajo a aquellos míseros un sutil vaho de hojas empapadas.

—*¡Agua! ¡Agua!* —oyóse clamar de nuevo en el desolado ámbito. Y la dicha fue definitiva cuando cinco horas después al romper el día, se oyó en el silencio, lejanísimo aún, el sordo tronar de la selva bajo el diluvio que se precipitaba por fin.

Esa mañana el sol brilló, pero no amarillo sino anaranjado, y a mediodía no se le vio más. Y la lluvia llegó espesísima y opaca y blanca como plata oxidada, a empapar la tierra sedienta.

Diez noches y diez días continuos, el diluvio cernióse sobre la selva flotando en vapores; y lo que fuera páramo de insoportable luz, tendíase ahora hasta el horizonte en sedante napa líquida. La flora acuática rebrotaba en planísimas balsas verdes que a simple vista se veía dilatar sobre el agua, hasta lograr contacto con sus hermanas. Y cuando nuevos días pasaron sin traer a los emisarios del noroeste, la inquietud tornó a asaltar a los futuros cruzados.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¡*No vendrán nunca!* —clamaban—. ¡*Lancémonos,* Anaconda! *Dentro de poco no será ya tiempo. Las lluvias cesan.*

—Y recomenzarán. ¡Paciencia, hermanitos! ¡Es imposible que no llueva allá! Los tucanes vuelan mal; ellos mismos lo dicen. Acaso están en camino. ¡Dos días más!

Pero *Anaconda* estaba muy lejos de la fe que aparentaba. ¿Y si los tucanes se habían extraviado en los vapores de la selva humeante? ¿Y si por una inconcebible desgracia, el noroeste no había acompañado al diluvio del Norte? A media jornada de allí, el Paranahyba atronaba con las cataratas pluviales que le vertían sus afluentes.

Como ante la espera de una paloma de arca, los ojos de las ansiosas bestias estaban sin cesar vueltos al noroeste, hacia el cielo anunciador de su gran empresa. Nada. Hasta que en las brumas de un chubasco, mojados y ateridos, los tucanes llegaron graznando.

—¡Grandes lluvias! ¡Lluvia general en toda la cuenca! ¡Todo blanco de agua!

Y un alarido salvaje azotó la zona entera.

—¡Bajemos! ¡El triunfo es nuestro! ¡Lancémonos en seguida!

Y ya era tiempo, podría decirse, porque el Paranahyba desbordaba hasta allí mismo, fuera de cauce. Desde el río a la

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

gran laguna, los bañados eran ahora un tranquilo mar, que se balanceaba de tiernos camalotes. Al norte, bajo la presión del desbordamiento, el mar verde cedía dulcemente, trazaba una gran curva lamiendo el bosque, y derivaba lentamente hacia el sur succionado por la veloz corriente.

Había llegado la hora. Ante los ojos de *Anaconda*, la zona al asalto desfiló. Victorias nacidas ayer, y viejos cocodrilos rojizos, hormigas y tigres; camalotes y víboras; espumas, tortugas y fiebres, y el mismo clima diluviano que descargaba otra vez, la selva pasó, aclamando al boa, hacia el abismo de las grandes crecidas.

Y cuando *Anaconda* lo hubo visto así, dejóse a su vez arrastrar flotando hasta el Paranahyba, donde arrollada sobre un cedro arrancado de cuajo, que descendía girando sobre sí mismo en las corrientes encontradas, suspiró por fin con una sonrisa, cerrando lentamente a la luz crepuscular sus ojos de vidrio.

Estaba satisfecha.

Comenzó entonces el viaje milagroso hacia lo desconocido, pues de lo que pudiera haber detrás de los grandes cantiles de asperón rosa que mucho más allá del Guayra entrecierran el río, ella lo ignoraba todo. Por el Tacuarí había llegado una vez hasta la cuenca del Paraguay, según lo hemos visto. Del Paraná medio e inferior nada conocía.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Serena, sin embargo, a la vista de la zona que bajaba triunfal y danzando sobre las aguas encajonadas, refrescada de mente y de lluvia la gran serpiente se dejó llevar hamacada bajo el diluvio blanco que la adormecía.

Descendió en este estado el Paranahyba natal, entrevió el aplacamiento de los remolinos al salvar el río Muerto, y apenas tuvo conciencia de sí cuando la selva entera flotante, y el cedro y ella misma, fueron precipitados a través de la bruma en la pendiente del Guayra, cuyos saltos en escalera se hundían por fin en un plano inclinado abismal. Por largo tiempo el río estrangulado revolvió profundamente sus aguas rojas. Pero dos jornadas más adelante, los altos ribazos separábanse otra vez, y las aguas, en estiramiento de aceite, sin un remolino, ni un rumor, filaban por el canal a nueve millas por hora.

A nuevo país, nuevo clima. Cielo despejado ahora y sol radiante, que apenas alcanzaban a velar un momento los vapores matinales. Como una serpiente muy joven, *Anaconda* abrió curiosamente los ojos al día de Misiones, en un confuso y casi desvanecido recuerdo de su primera juventud.

Tornó a ver la playa, al primer rayo de sol, elevarse y flotar sobre una lechosa niebla que poco a poco se disipaba, para persistir en las ensenadas umbrías, en largos chales prendidos a las popas mojadas de las piraguas. Volvió aquí a sentir, al abordar los grandes remansos de las restingas, el vértigo del agua a flor de ojo, girando en curvas lisas y mareantes, que al hervir de nuevo al tropiezo de la corriente, borbotaban

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

enrojecidas por la sangre de las palometas. Vio tarde a tarde al sol recomenzar su tarea de fundidor, incendiando los crepúsculos en abanico, con el centro vibrando al rojo albeante, mientras allá arriba, en el alto cielo, blancos cúmulos bogaban solitarios, mordidos en todo el contorno por chispas de fuego.

Todo le era conocido, pero como en la niebla de un ensueño. Sintiendo, particularmente de noche el pulso caliente de la inundación que descendía con él, el boa dejábase llevar a la deriva, cuando súbitamente se arrolló con una sacudida de inquietud.

El cedro acababa de tropezar con algo inesperado o, por lo menos, poco habitual en el río.

Nadie ignora todo lo que arrastra, a flor de agua o semisumergido, una gran crecida. Ya varias veces habían pasado a la vista de *Anaconda*, ahogados allá en el extremo norte, animales desconocidos por ella misma, y que se hundían poco a poco bajo un aleteante picoteo de cuervos. Había visto a los caracoles trepando a centenares a las altas ramas columpiadas por la corriente y a los annós rompiéndolos a picotazos. Y al resplandor de la luna, había asistido al desfile de los carambatás remontando el río con la aleta dorsal a flor de agua, para hundirse todos de pronto con una sacudida de cañonazo.

Como en las grandes crecidas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Pero lo que acababa de trabar contacto con ella era un cobertizo de dos aguas, como el techo de un rancho caído a tierra, y que la corriente arrastraba sobre un embalsado de camalotes.

¿Rancho construido a pique sobre un estero, y minado por las aguas? ¿Habitado tal vez por un náufrago que alcanzara hasta él?

Con infinitas precauciones, escama tras escama, *Anaconda* recorrió la isla flotante. Se hallaba habitada, en efecto, y bajo el cobertizo de paja estaba acostado un hombre. Pero enseñaba una larga herida en la garganta, y se estaba muriendo.

Durante largo tiempo, sin mover siquiera un milímetro la extremidad de la cola, *Anaconda* mantuvo la mirada fija en su enemigo.

En ese mismo gran golfo del río, obstruido por los cantiles de arenisca rosa, el boa había conocido al hombre. No guardaba de aquella historia recuerdo alguno preciso; si una sensación de disgusto, una gran repulsión de sí misma, cada vez que la casualidad, y sólo ella, despertaba en su memoria algún vago detalle de su aventura.

Amigos de nuevo, jamás. Enemigos, desde luego, puesto que contra ellos estaba desencadenada la lucha.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Pero, a pesar de todo, *Anaconda* no se movía; y las horas pasaban. Reinaban todavía las tinieblas cuando la gran serpiente desenrollóse de pronto, y fue hasta el borde del embalsado a tender la cabeza hacia las negras aguas.

Había sentido la proximidad de las víboras en su olor a pescado.

En efecto, las víboras llegaban a montones.

—¿Qué pasa? —preguntó *Anaconda*—. Saben ustedes bien que no deben abandonar sus camalotes en una inundación.

—*Lo sabemos* —respondieron las intrusas—. *Pero aquí hay un hombre. Es un enemigo de la selva. Apártate,* Anaconda.

—¿Para qué? No se pasa. Ese hombre está herido... Está muerto.

—*¿Y a ti qué te importa? Si no está muerto lo estará en seguida... ¡Danos paso,* Anaconda*!*

El gran boa se irguió, arqueando hondamente el cuello.

—¡No se pasa he dicho! ¡Atrás! He tomado a ese hombre enfermo bajo mi protección. ¡Cuidado con la que se acerque!

—*¡Cuidado tú!* —gritaron en un agudo silbido las víboras, hinchando las parótidas asesinas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—¿Cuidado de qué?

—*De lo que haces. ¡Te has vendido a los hombres...! ¡Iguana de cola larga!*

Apenas acababa la serpiente de cascabel de silbar la última palabra, cuando la cabeza del boa iba, como un terrible ariete, a destrozar las mandíbulas del crótalo, que flotó en seguida muerto, con el lacio vientre al aire.

—¡Cuidado! —y la voz del boa se hizo agudísima—. ¡No va a quedar víbora en todo Misiones, si se acerca una sola! ¡Vendida yo, miserables...! ¡Al agua! Y ténganlo bien presente: Ni de día, ni de noche, ni a hora alguna, quiero víboras alrededor del hombre ¿Entendido?

– *¡Entendido!* —Repuso desde las tinieblas la voz sombría de un gran yararacusú—. *Pero algún día te hemos de pedir cuenta de esto*, Anaconda.

—En otra época —contestó *Anaconda*— rendí cuenta a algunas de ustedes... Y no quedó contenta. ¡Cuidado tú misma, hermosa yarará! Y ahora, mucho ojo... ¡Y feliz viaje!

Tampoco esta vez *Anaconda* sentíase satisfecha. ¿Por qué había procedido así? ¿Qué le ligaba ni podía ligar jamás a ese hombre —un desgraciado mensú, a todas luces— que agonizaba con la garganta abierta?

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

El día clareaba ya.

—¡Bah! —Murmuró por fin el gran boa, contemplando por última vez al herido—. Ni vale la pena que me moleste por ese sujeto... Es un pobre individuo, como todos los otros, a quien queda apenas una hora de vida...

Y con una desdeñosa sacudida de cola, fue a arrollarse en el centro de su isla flotante.

Pero en todo el día sus ojos no dejaron un instante de vigilar los camalotes.

Apenas entrada la noche, altos conos de hormigas que derivaban sostenidas por los millones de hormigas ahogadas en la base, se aproximaron al embalsado.

—*Somos las hormigas,* Anaconda —dijeron— *y venimos a hacerte un reproche. Ese hombre que está sobre la paja es un enemigo nuestro. Nosotros no lo vemos, pero las víboras saben que está allí. Ellas lo han visto, y el hombre está durmiendo bajo el techo. Mátalo,* Anaconda.

—No, hermanas. Vayan tranquilas.

—*Haces mal,* Anaconda. *Deja entonces que las víboras lo maten.*

—Tampoco. ¿Conocen ustedes las leyes de las crecidas? Este embalsado es mío, y yo estoy en él. Paz, hormigas.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—*Pero es que las víboras lo han contado a todos... Dicen que te has vendido a los hombres... No te enojes,* Anaconda.

—¿Y quiénes lo creen?

—*Nadie, es cierto... Sólo los tigres no están contentos*.

—¡Ah...! ¿Y por qué no vienen ellos a decírmelo?

—*No lo sabemos,* Anaconda.

—Yo sí lo sé. Bien, hermanitas: Apártense tranquilas y cuiden de no ahogarse todas, porque harán pronto mucha falta. No teman nada de su *Anaconda*. Hoy y siempre, soy y seré la fiel hija de la selva. Díganselo a todos así. Buenas noches, compañeras.

—*¡Buenas noches,* Anaconda*!* —se apresuraron a responder las hormiguitas. Y la noche las absorbió.

Anaconda había dado sobradas pruebas de inteligencia y lealtad, para que una calumnia viperina le enajenara el respeto y el amor de la selva. Aunque su escasa simpatía a cascabeles y yararás de toda especie no se ocultaba a nadie, las víboras desempeñaban en la inundación tal inestimable papel, que el mismo boa se lanzó en largas nadadas a conciliar los ánimos.

—Yo no busco guerra —dijo a las víboras—. Como ayer, y mientras dure la campaña, pertenezco en alma y cuerpo a la

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

crecida. Solamente que el embalsado es mío, y hago de él lo que quiero. Nada más.

Las víboras no respondieron una palabra, ni volvieron siquiera los fríos ojos a su interlocutora, como si nada hubieran oído.

—*¡Mal síntoma*! —croaron los flamencos juntos, que contemplaban desde lejos el encuentro.

—*¡Bah!* —lloraron trepando en un tronco los yacarés chorreantes—. *Dejemos tranquila a* Anaconda... *Son cosas de ella. Y el hombre debe estar ya muerto.*

Pero el hombre no moría. Con gran extrañeza de *Anaconda*, tres nuevos días habían pasado, sin llevar consigo el hipo final del agonizante. No dejaba ella un instante de montar guardia; pero aparte de que las víboras no se aproximaban más, otros pensamientos preocupaban a *Anaconda.*

Según sus cálculos —toda serpiente de agua sabe más de hidrografía que hombre alguno— debían hallarse ya próximos al Paraguay. Y sin el fantástico aporte de camalotes que este río arrastra en sus grandes crecidas, la lucha estaba concluida al comenzar. ¿Qué significaban para colmar y cegar el Paraná en su desagüe, los verdes manchones que bajaban del Paranahyba, al lado de los 180 000 kilómetros cuadrados de camalotes de los grandes bañados de Xarayes? La selva que derivaba en ese momento lo sabía también, por los relatos de *Anaconda* en su

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

cruzada. De modo que cobertizo de paja, hombre herido y rencores, fueron olvidados ante el ansia de los viajeros, que hora tras hora auscultaban las aguas para reconocer la flora aliada.

¿Y si los tucanes —pensaba *Anaconda*— habían errado, apresurándose a anunciar una mísera llovizna?

—¡Anaconda! —oíase en las tinieblas desde distintos puntos—. *¿No reconoces las aguas todavía? ¿Nos habrán engañado,* Anaconda?

—No lo creo —respondía el boa, sombrío—. Un día más, y las encontraremos.

—¡Un día más! Vamos perdiendo las fuerzas en este ensanche del río. ¡Un nuevo día...! ¡Siempre dices lo mismo, Anaconda!

—¡Paciencia, hermanos! Yo sufro mucho más que ustedes.

Fue al día siguiente un duro día, al que se agregó la extrema sequedad del ambiente, y que el gran boa sobrellevó inmóvil de vigía en su isla flotante, encendida al caer la tarde por el reflejo del sol tendido como una barra de metal fulgurante a través del río, y que la acompañaba.

En las tinieblas de esa misma noche, *Anaconda,* que desde horas atrás andaba entre los embalsados sorbiendo ansiosamente sus aguas, lanzó de pronto un grito de triunfo:

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Acababa de reconocer en una inmensa balsa a la deriva, el salado sabor de los camalotes del Olidén.

—¡Salvados, hermanos! —exclamó—. ¡El Paraguay baja ya con nosotros! ¡Grandes lluvias allá también!

Y la moral de la selva, remontada como por encanto, aclamó a la inundación limítrofe, cuyos camalotes, densos como tierra firme, entraban por fin en el Paraná.

El sol iluminó al día siguiente esta epopeya en las dos grandes cuencas aliadas que se vertían en las mismas aguas.

La gran flora acuática bajaba, soldada en islas extensísimas que cubrían el río. Una misma voz de entusiasmo flotaba sobre la selva cuando los camalotes próximos a la costa, absorbidos por un remanso, giraban indecisos sobre el rumbo a tomar.

—*¡Paso! ¡Paso!* —oíase pulsar a la crecida entera ante el obstáculo. Y los camalotes, los troncos con su carga de asaltantes, escapaban por fin a la succión, filando como un rayo por la tangente.

—*¡Sigamos! ¡Paso! ¡Paso!* —oíase desde una orilla a la otra —. *¡La victoria es nuestra!*

Así lo creía también *Anaconda*. Su sueño estaba a punto de realizarse. Y envanecida de orgullo, echó hacia la sombra del cobertizo una mirada triunfal.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

El hombre había muerto. No había el herido cambiado de posición ni encogido un solo dedo, ni su boca se había cerrado. Pero estaba bien muerto, y posiblemente desde horas atrás.

Ante esa circunstancia, más que natural y esperada, *Anaconda* quedó inmóvil de extrañeza, como si el oscuro mensú hubiera debido conservar para ella, a despecho de su raza y sus heridas, su miserable existencia.

¿Qué le importaba ese hombre? Ella lo había defendido, sin duda; habíalo resguardado de las víboras, velando y sosteniendo a la sombra de la inundación un resto de vida hostil.

¿Por qué? Tampoco le importaba saberlo. Allí quedaría el muerto bajo su cobertizo, sin que ella volviera a acordarse más de él. Otras cosas la inquietaban.

En efecto, sobre el destino de la gran crecida cerníase una amenaza que *Anaconda* no había previsto. Macerado por los largos días de flote en las aguas calientes, el sargazo fermentaba. Gruesas burbujas subían a la superficie entre los intersticios de aquél, y las semillas reblandecidas adheríanse aglutinadas todo al contorno del sargazo. Por un momento, las costas altas habían contenido el desbordamiento, y la selva acuática había cubierto entonces totalmente el río, al punto de no verse agua sino un mar verde en todo el cauce. Pero ahora, en las costas bajas, la crecida, cansada y falta del coraje de los

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

primeros días, defluía agonizante hacia el interior anegadizo que, como una trampa, le tendía la tierra a su paso.

Más abajo todavía los grandes embalsados rompíanse aquí y allá, sin fuerzas para vencer los remansos, e iban a gestar en las profundas ensenadas su ensueño de fecundidad. Embriagados por el vaivén y la dulzura del ambiente, los camalotes cedían dóciles a las contracorrientes de la costa, remontaban suavemente el Paraná en dos grandes curvas, y paralizábanse por fin a lo largo de la playa a florecer.

Tampoco el gran boa escapaba a esta fecunda molicie que saturaba la inundación. Iba de un lado a otro en su isla flotante, sin hallar sosiego en parte alguna. Cerca de ella, a su lado casi, el hombre muerto se descomponía. *Anaconda* aproximábase a cada instante, aspiraba, como en un rincón de la selva, el calor de la fermentación, e iba a deslizar por largo trecho el cálido vientre sobre el agua, como en los días de su primavera natal.

Pero no era esa agua, ya demasiado fresca, el sitio propicio. Bajo la sombra del techo, yacía un mensú muerto. ¿Podía no ser esa muerte más que la resolución final y estéril del ser que ella había velado? ¿Y nada, nada le quedaría de él?

Poco a poco, con la lentitud que ella habría puesto ante un santuario natural, *Anaconda* fue arrollándose. Y junto al hombre que ella había defendido como su vida propia, al fecundo calor de su descomposición —póstumo tributo de agradecimiento,

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

que quizá la selva hubiera comprendido— *Anaconda* comenzó a poner sus huevos.

De hecho, la inundación estaba vencida. Por vastas que fueran las cuencas aliadas, y violentos hubieran sido los diluvios, la pasión de la flora había quemado el brío de la gran crecida. Pasaban aún los camalotes, sin duda; pero la voz de aliento: *¡Paso! ¡Paso!*, habíase extinguido totalmente.

Anaconda no soñaba más. Estaba convencida del desastre. Sentía, inmediata, la inmensidad en que la inundación iba a diluirse, sin haber cerrado el río. Fiel al calor del hombre, continuaba poniendo sus huevos vitales, propagadores de su especie, sin esperanza alguna para ella misma.

En un infinito de agua, fría ahora, los camalotes se disgregaban, desparramándose por la superficie sin fin. Largas y redondas olas balanceaban sin concierto la selva desgarrada, cuya fauna terrestre, muda y sin oriente, se iba hundiendo aterida en la frialdad del estuario.

Grandes buques —los vencedores—, ahumaban a lo lejos el cielo límpido, y un vaporcito empenachado de blanco curioseaba entre las islas rotas. Más lejos todavía, en la infinidad celeste, *Anaconda* destacábase erguida sobre su embalsado, y aunque disminuidos por la distancia, sus robustos diez metros llamaron la atención de los curiosos.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

—*¡Allá!* —alzóse de pronto una voz en el vaporcito—. *¡En aquel embalsado! ¡Una enorme víbora!*

—*¡Qué monstruo!* —Gritó otra voz—. *¡Y fíjense! ¡Hay un rancho caído! Seguramente ha matado a su habitante.*

—*¡O lo ha devorado vivo! Estos monstruos no perdonan a nadie. Vamos a vengar al desgraciado con una buena bala.*

—*¡Por Dios, no nos acerquemos!* —clamó el que primero había hablado—. *El monstruo debe estar furioso. Es capaz de lanzarse contra nosotros en cuanto nos vea. ¿Está seguro de su puntería desde aquí?*

—*Veremos... No cuesta nada probar un primer tiro.*

Allá, al sol naciente que doraba el estuario puntillado de verde, *Anaconda* había visto la lancha con su penacho de vapor. Miraba indiferente hacia aquello, cuando distinguió un pequeño copo de humo en la proa del vaporcito, y su cabeza golpeó contra los palos del embalsado.

El boa irguióse de nuevo, extrañado. Había sentido un golpecito seco en alguna parte de su cuerpo, tal vez en la cabeza. No se explicaba cómo. Tenía, sin embargo, la impresión de que algo le había pasado. Sentía el cuerpo dormido, primero; y luego, una tendencia a balancear el cuello, como si las cosas, y no su cabeza, se pusieran a danzar, oscureciéndose.

http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx

Vio de pronto ante sus ojos la selva natal en un viviente panorama, pero invertida; y transparentándose sobre ella, la cara sonriente del mensú.

Tengo mucho sueño... —pensó *Anaconda*, tratando de abrir todavía los ojos. Inmensos y azulados ahora, sus huevos desbordaban del cobertizo y cubrían la balsa entera.

—Debe de ser hora de dormir... —murmuró *Anaconda*. Y pensando deponer suavemente la cabeza a lo largo de sus huevos, la aplastó contra el suelo en el sueño final.

Material autorizado sólo para consulta con fines educativos, culturales y no lucrativos, con la obligación de citar invariablemente como fuente de la información la expresión "Edición digital. Derechos Reservados. Biblioteca Digital © **Instituto Latinoamericano de la Comunicación Educativa ILCE**".